ÉRICK BELLO URBINA

SOLES DE MISTEFURE



Áurea Ediciones

En un bosque que ya no canta y donde las raíces tiemblan bajo el peso de lo olvidado, Silán camina sin memoria, pero con una herida que no es solo suya. A su lado, Sheebaah —guardiana, arquera, portadora de un huevo que late como un corazón ancestral— atraviesa caminos velados por el silencio y la culpa.

Pero el bosque no duerme. Respira. Y recuerda.

Cada paso de los viajeros despierta ecos antiguos: pactos rotos, espíritus olvidados y un resplandor que no guía… llama.

El lamento del bosque no es solo el inicio de un viaje. Es el susurro de un mundo que aún puede sanar si se atreve a recordar.

Un canto de raíz épica y alma poética, donde la fantasía se entreteje con lo íntimo, lo sagrado y lo inevitable.

El llamado del bosque

Aldea. Tercer sol de Nárlitu. Ciclo 880.
Pasado.

En los bordes de la aldea, donde las casas se vuelven tímidas y los árboles recuperan su voz, un niño recoge ramitas. Su padre le ha enseñado a buscar solo lo caído, nunca romper lo vivo. “Si algo está en el suelo, es porque ya ha cumplido”, le dice. El niño, sin comprender del todo, obedece.

Esa tarde, los ancianos se han reunido como de costumbre, rodeando la hoguera que crepita con ramas secas y leyendas viejas. Uno de ellos, de barba como musgo y voz de piedra húmeda, habla del bosque.

—Dicen que, a veces, en lo más profundo, aparece un resplandor como un suspiro que no encuentra pecho donde descansar. Algunos aseguran que es el bosque pidiendo ayuda. Otros que es un espíritu que aún no ha olvidado

cómo llorar.

El niño escucha. No juega. No habla, dejando que cada palabra caiga en su interior como una hoja que se posa sin hacer ruido, pero cambia la forma del suelo.

—¿Y alguien lo ha visto? —se atreve a preguntar, apenas en un susurro.

Los ancianos se miran entre sí. Algunos niegan con la cabeza. Otros simplemente miran el fuego, como si no quisieran recordar.

—Solo los puros —dice el más anciano—. Solo los que aún no han roto nada.

El niño baja la mirada y acaricia una de las ramitas que ha recogido. Es liviana, pero en sus manos parecía importante.

Poco después, el grupo se disuelve. Las sombras se alargan. Las voces se apagan. Y él se queda sentado junto al fuego, absorto en las historias de los sabios.

La mañana siguiente, el humo del pan se mezcla con la bruma de la mañana. En la aldea, los hornos comienzan a exhalar sus primeros suspiros, y el aire sabe a leña, harina tostada y un algo más: calma vieja, como si ese lugar hubiese aprendido a vivir en la orilla del tiempo.

Los niños corren entre las casas de madera crujiente. Uno de ellos tropieza con una gallina y cae, soltando una carcajada que se pierde entre el murmullo de las ramas. Las mujeres amasan con las mangas arremangadas hasta los codos, y sus dedos cubiertos de harina parecían conocer un ritmo heredado más que aprendido.

El niño que ha quedado absorto en las historias de los ancianos la noche anterior, parecía distante. Camina entre las casas con una cesta de ramas secas recogidas al amanecer. Se detiene a observar los brotes nuevos, los árboles jóvenes,

el color de los musgos. Como si oyera algo en las cosas que aún crecen.

En la plaza central, donde el suelo ha sido allanado con más pasos que herramientas, un grupo de hombres discute. El nuevo jefe de la aldea, de mirada intensa y manos grandes como para empujar decisiones, habla con vehemencia:

—No podemos seguir viviendo con miedo a unas ramas. El bosque se extiende, y nosotros no. Eso debe cambiar.

—Los límites existen por algo —responde un anciano, uno de los pocos que recuerda los soles de antes. Su voz es como la corteza: firme, pero agrietada.

—Los límites los pusieron quienes temen crecer —insiste el jefe—. El invierno será cruel. Necesitamos madera, un lugar. ¿Vamos a dejar que unos cuentos de viejos nos impidan proteger a los nuestros?

Algunos asienten. Otros dudan. El niño de las ramas escucha desde lejos. En su mirada hay una pregunta que nadie se ha hecho: ¿Qué perderemos si cruzamos?

Esa noche, hay cena comunitaria. Las mesas se llenan de panes calientes, sopas espesas y vino agrio que calienta las mejillas. Ríen. Cantan. Fingen que no hay sombras acechando en el borde del bosque.

Pero él las ve. Cuando la risa cesa para dar paso a una historia contada por un anciano, el pequeño se gira. Allí, donde las casas se vuelven más bajas y los árboles más altos, una figura se mueve entre los troncos. No lo anuncia. Se queda mirando al bosque. Como si el follaje estuviera a punto de contar una historia de la que él quisiera ser parte.